



GÉNERO, CUARENTENA Y COVID-19: PARA UNA CRÍTICA DEL TRABAJO DOMÉSTICO

POR
JOANA DAS FLORES DUARTE

Brasil. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO "Feminismos, resistencias y emancipación".

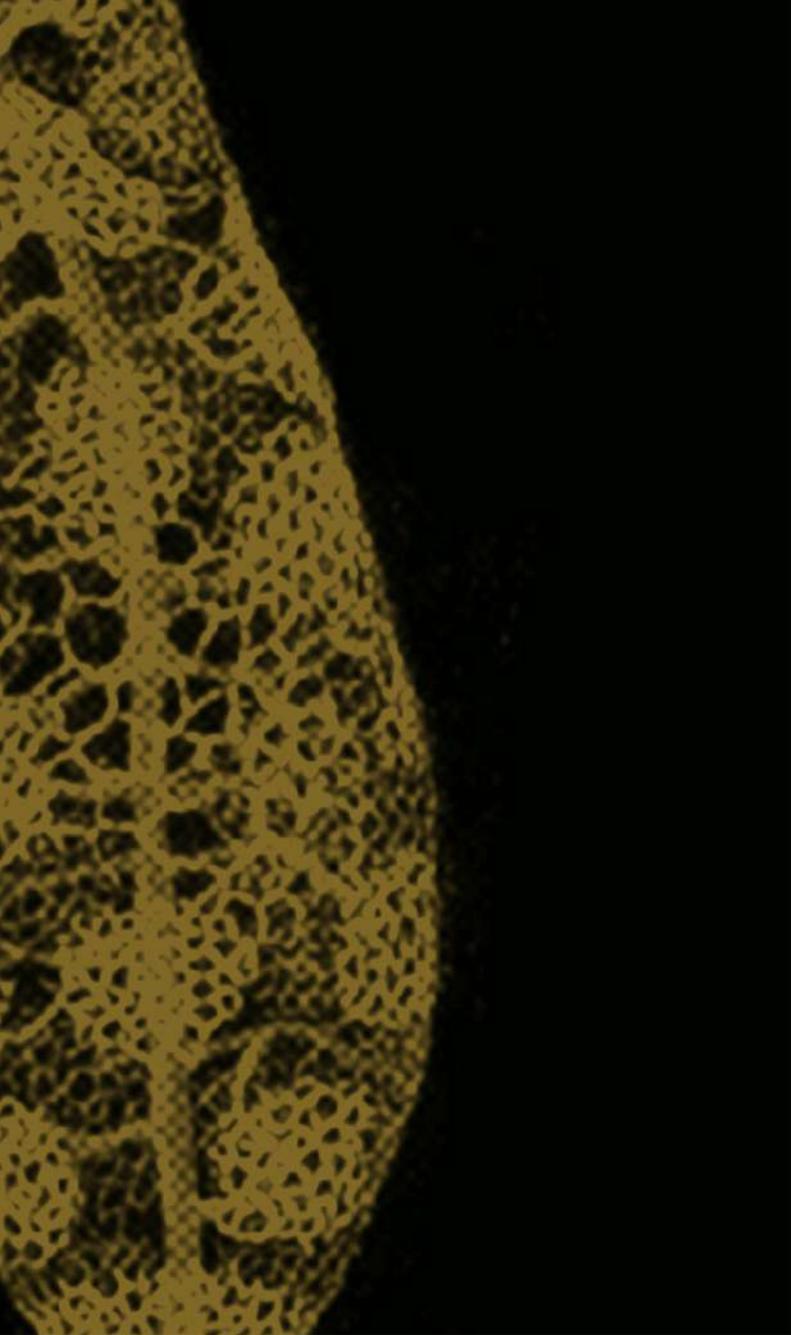
La cuarentena ha sido, entre otras cosas, el lugar de reaparición (también forzada) del papel tradicional del género/sexo femenino. Es un hecho que para muchas de nosotras, las mujeres, el trabajo doméstico no es un episodio de la cuarentena, pero la cuarentena nos brinda elementos suficientes para pensar sobre este trabajo indispensable e invisible con respecto a las relaciones de mercado. De hecho, nosotras las mujeres (con o sin habilidades) experimentamos tareas domésticas sin intermitencia.

Muchas mujeres que ya realizan este trabajo no remunerado dicen que están más agotadas, preocupadas y con la sensación de que son responsables de que el virus no ingrese a sus casas. Esta condición se basa en la mistificación del trabajo y la atención en el cuidado, en la que ambos son vistos como indivisibles y de carácter exclusivamente femenino. En tiempos de pandemia, este trabajo se redobla, porque además de las actividades ya existentes de ordenar, limpiar, estar emocionalmente disponible para el núcleo familiar, el virus impone una nueva carga, ya que exige este lugar de cuidado y trabajo, su eliminación. A este respecto, poner fin a un virus invisible es análogo al trabajo doméstico, porque ambos parecen no tener fin. Para que pueda medirse, el proceso de limpiar los alimentos y la casa lleva un promedio de cuatro horas al día; para las mujeres con niños, este trabajo es aún más agotador.

Cabe señalar que la pandemia ha dado un nuevo ritmo de trabajo a las mujeres que llevan a cabo el confinamiento forzoso y a las que se van a trabajar (atención médica, servicios esenciales y trabajo doméstico remunerado). A este respecto, es importante tener en cuenta que muchas de estas mujeres trabajan como empleadas domésticas, abandonan sus casas y realizan su trabajo de manera remunerada en las casas de sus empleadores.

Hablando un poco sobre la realidad de la ciudad de Río de Janeiro, en Brasil, estas mujeres se mueven (promedio de 2h 30 min cada viaje) desde las áreas periféricas y pobres de la ciudad, donde hay una falta de viviendas dignas (casas con aproxima-





La cuarentena ha cambiado recientemente el mundo del trabajo formal, informal, ilícito y autónomo, pero no ha alterado en absoluto el trabajo doméstico, con una sola advertencia: ahora es triple dentro y fuera de la casa.

damente 20 a 40 metros cuadrados por familia de cinco miembros), carencia de saneamiento básico; entre ellos, agua potable y agua entubada, red de alcantarillado y recolección de residuos domésticos. La mayoría de ellas son jefas de familia con niños, mujeres negras que viven en casas que el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (IBGE) llama aglomeraciones subnormales. Por lo tanto, son espacialidades marcadas por la falta de intervención del Estado brasileño en términos de garantizar el derecho humano a la protección social. Estas mujeres dejan estas comunidades para trabajar en las zonas más ricas de la ciudad.

Con respecto a esta realidad, la muerte el 17 de marzo de 2020 de la empleada de 62 años en la ciudad de Río de Janeiro (el primer caso confirmado de muerte por COVID-19 en la ciudad) es el retrato de esta trágica realidad social. La señora, que trabajaba de lunes a viernes (incluso dormía en el trabajo) con fines de semana libres, era residente del Barrio Miguel Pereira (a 100 km de la capital) y trabajaba en el barrio de Leblon, donde el metro cuadrado de un apartamento cuesta un promedio de 30 mil reales (USD 5636,97 aproximadamente). Anciana, hipertensa y diabética, perteneciente al grupo de riesgo, la anciana se sintió enferma en el trabajo y, cuando llegó al hospital, afirmó que estaba cuidando al empleador, que había regresado de Italia con el virus.

La mujer de 62 años murió sin que se le otorgara, como empleada, derechos de trabajo garantizado. Esto implica pensar en cómo el capital se apropia de las relaciones de cuidado y trabajo, así como en la manera en que la desigualdad de clase está intrínsecamente vinculada a la raza y el género, en función de la relación entre el empleado y el empleador. En cuanto al régimen de trabajo de la mujer muerta por COVID-19, no se lo informaba a través de la información divulgada, pero siguiendo las estadísticas, no se refuta la posibilidad de una relación informal.

Cabe señalar que actualmente no se cumple con la Ley Complementaria N° 150, del 1° de junio de 2015, que establece el contrato de trabajo doméstico. La falta de regularización y garantía de derechos está lejos de superarse, más del 70% de los que trabajan en esta actividad se encuentran en el sector informal, según los datos del IBGE sobre el perfil de las trabajadoras domésticas publicado en 2018. Según el Instituto, desde octubre de 2015, cuando pasó a ser obligatorio recaudar el Fondo de Garantía de Tiempo (FGTS), los trabajadores domésticos sin contrato formal aumentaron de 4,2 millones a 4,4 millones (IBGE, 2018).

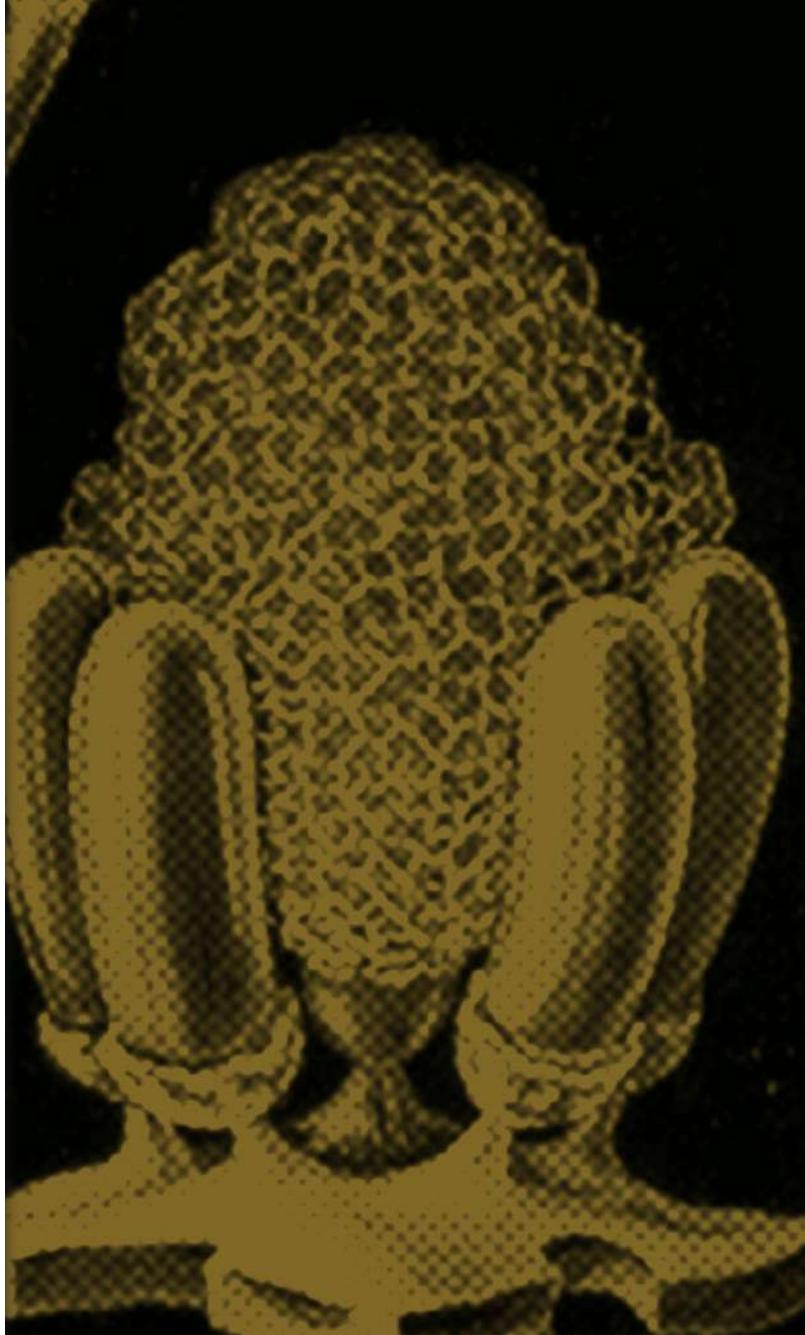
Silvia Federici (2019), en un estudio sobre el trabajo doméstico, nos invita a pensar en este proceso, no de forma aislada, como algo “natural” realizado por las mujeres, sino como una estrategia para la acumulación y reproducción de capital en el curso de la historia, en su carácter generacional:

Ser ama de casa no tiene nada de natural, tanto que lleva al menos veinte años de socialización y capacitación diaria, llevada a cabo por una madre no remunerada, para preparar a su hija para este papel, para convencerla de que los hijos y el esposo son lo mejor que puede esperar en la vida (Federici, 2019: 43).

No es casualidad que el modelo de “casa-grande y senzala”, idealizado por Gilberto Freyre, esté presente en casas contemporáneas, donde el trabajo doméstico femenino se reproduce a gran escala. Es posible ver mujeres trabajando para otras mujeres, lo que nos permite afirmar que la división sexual de clase, raza y género está en todas partes. Para que yo pueda “abandonar el trabajo doméstico”, debe haber otro modelo, en este modelo de compra y venta de la fuerza laboral, que tome mi lugar. Son las marcas de este sistema que, mientras da un suspiro de emancipación a algunas, encarcela y sobreexplota a muchas otras.

La cuarentena ha cambiado recientemente el mundo del trabajo formal, informal, ilícito y autónomo, pero no ha alterado en absoluto el trabajo doméstico, con una sola advertencia: ahora es triple dentro y fuera de la casa. Nuestro trabajo nunca ha sido más visible en el sistema capitalista. Necesitamos, como Virginia Woolf nos dijo, matar al “Ángel de la Casa”, porque él es uno de los responsables de la mistificación entre cuidado/afecto y trabajo. No se puede negar, a partir de estos elementos, que el deterioro del trabajo doméstico es producto de una perspectiva neoliberal, que se produce a partir de las relaciones desiguales entre sexo/género, discurso, sociabilidad; de concebir la estética del cuidado como una expresión exclusiva de la mujer, dotada de feminidad, sobre la cual se busca determinar el lugar y los sujetos en las relaciones sociales de forma jerárquica.

Finalmente, no hay posibilidad de pensar en la emancipación política y humana de las mujeres sin revisar la dimensión de la clase y la raza en el trabajo doméstico remunerado y no remunerado. En las relaciones sociales capitalistas, hay quienes lo interpretan como un mundo de trabajo precario. Y hay quienes piensan que, para una mujer negra, trabajar como empleada doméstica y/o no trabajar, la primera opción es “menos peor”. Pero se sabe que



No hay posibilidad de pensar en la emancipación política y humana de las mujeres sin revisar la dimensión de la clase y la raza en el trabajo doméstico remunerado y no remunerado.

“menos” y “peor” juntos no se apoyan desde un punto de vista lógico, por lo que su uso aquí también se niega. Ciertamente, en términos de supervivencia, esto es cierto, pero es precisamente sobre esta lógica tranquilizante que se lanza la crítica. Sobrevivir está relacionado con lo que queda, con lo que es residual. Por esta razón, desmitificar el trabajo doméstico como un atributo femenino implica conocer su peso político y sus obstáculos en la emancipación política y humana de todas las mujeres, respetando su condición de clase, raza y género. ●



Bibliografía

- Federici, Silvia (2019). *O ponto Zero da Revolução: trabalho doméstico, reprodução e luta feminista*. Tradução de Coletivo Sycorax. São Paulo: Elefante, 2019.
- Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE). Página web: <https://www.ibge.gov.br/>. Consultado en abril de 2020.

Este artículo integra la Biblioteca en Acceso Abierto

Pensar la Pandemia
OBSERVATORIO SOCIAL DEL CORONAVIRUS

www.clacso.org.ar/biblioteca_pandemia

Con el apoyo de  **Asdi**